

Algunas reflexiones sobre la adopción de niños

María Eugenia Herrero Sotillo

Médico Psiquiatra y Psicoterapeuta de Niños, Adolescentes y Familia

Familia... Si hiciéramos una ágil revisión histórica del concepto de familia, podríamos comprobar las enormes diferencias existentes, no solo entre las diferentes culturas y tiempos históricos, sino en sociedades que pudieran parecer más similares o cercanas. El niño, como tal, solo comenzó a ser valorado en sí mismo en tiempos muy recientes. Esta valoración es además pendular y, de alguna manera, incoherente, en nuestra sociedad actual.

El bebé, el niño, necesita unas bases seguras para construir su propia salud mental, su forma de relacionarse con los otros, de mirar al mundo de un modo suficientemente confiado, con la seguridad de las propias y suficientes capacidades, sin un exceso de temor, con ganas de conocer y descubrir. Estas bases las dan

la presencia y la constancia de una madre (o figura sustituta de ésta) «suficientemente buena» en las primeras etapas de su vida. Una madre inserta en una familia estable, con un marido o compañero que le apoye y reasegure en esa labor de cuidado y maternaje del bebé de ambos. Sería esta probablemente la situación ideal, pero no la única. Hay actualmente muy diversos tipos de familias, donde los niños crecen –tratarán de crecer– con la menor inseguridad posible.

En España parece hoy muy extendida, y más entre los jóvenes, la idea de que los hijos son más un problema que un regalo; razón por la que su nacimiento se debe retrasar o supeditar a otras prioridades como la no interrupción en exceso del desarrollo de las carreras profesionales de los padres,

particularmente la de su madre. No es de extrañar que actualmente sea el nuestro uno de los países de menor tasa de nacimientos, con un envejecimiento secundario muy alto de la población y una pirámide poblacional invertida. No se ayuda a la madre embarazada que trabaja, se la discrimina y en muy amplios y diferentes ámbitos, se trata de incumplir y soslayar de algún modo la ley que aparentemente la protegería.

Por otro lado, al mismo tiempo, España, tras los Estados Unidos, es el país con más adopciones del mundo. Gracias a esta bipolaridad hispana, evidente y manifiesta en otros muchos campos, llegan a nuestro país muchos niños y niñas de lejanas latitudes para ser adoptados. Para muchas parejas, por diversas razones, la adopción es una vía atractiva, y anunciada como fácil y feliz desde muchos ámbitos y foros diferentes: «Los hijos adoptivos son iguales que los hijos biológicos... Y pasados los frecuentemente largos y tediosos procesos burocráticos de la adopción, cuando el niño o niña llega ya a la familia adoptante, todo será sencillo e irá sobre ruedas...».

Y sin embargo. El casi 10% de devoluciones por parte de los padres adoptivos de sus niños adoptados obliga a reconsiderar esta visión

plácida de la adopción (Cuadro 1). En mi experiencia, como tratadora y acompañadora, junto con un gran equipo de profesionales de la infancia, de niños que sufren mucho y que presentan heridas psíquicas muy profundas –la gran mayoría de las adopciones felices y exitosas no llegan a nuestro ámbito profesional, las conocemos, vivimos y disfrutamos por amigos queridos y padres de diversos ámbitos que comparten con nosotros su fructífera experiencia– sería muy conveniente prestar atención en particular a algunos hechos relevantes antes de tomar una decisión, la de adoptar. Decisión que, lógicamente, arrastrará profundas y definitivas consecuencias en la vida del niño y que por su importancia debiera ser una decisión sopesada, madura y sin vuelta atrás.

- Si tener hijos biológicos es siempre tarea compleja –apasionante pero compleja y ardua muchas veces– el tener hijos adoptivos lo es generalmente mucho más. Y los padres que adoptan, deberían tener siempre la posibilidad de ser acompañados y ayudados para poder llevar a buen puerto su labor.
- La adopción es un proceso que, en el análisis profundo de muchos especialistas, conlleva siempre el encuentro de dos

Algunas reflexiones sobre la adopción de niños

CUADRO 1.—*La vivencia de una adopción*

Típica frase que mucha gente dice cuando va a adoptar:

«Me gustaría adoptar porque es una experiencia muy bonita y ayudo a niños huérfanos a empezar una nueva vida con una nueva familia».

Pero, ¿realmente saben estas personas las consecuencias que la adopción comporta?

Una adopción no es nada fácil, ni para el niño/a, ni para la nueva familia. Lleva aparejada generalmente muchos años de espera para la adopción; además si quieren adoptar a un niño/a nacido fuera de nuestras fronteras, los padres adoptivos tendrán que ir a buscarlo a ese país lejano y permanecer allí hasta que todos los papeles de la adopción sean tramitados. Pero lo que yo quiero advertiros no tiene nada que ver con el tema de los papeles de la adopción, yo os escribo a todos los padres que tienen hijos adoptados, o a gente que quiere adoptar.

La adopción no es nada fácil, ya que los niños de los orfanatos han sufrido mucho en su vida, la causa puede ser: el maltrato, el abandono, que hayan visto la muerte de sus padres, o que les hayan intentado adoptar varias veces.

Yo soy una niña adoptada que he sido maltratada en el orfanato, mi madre me dejó en el orfanato al cumplir un año. Fui adoptada a los cinco años por una familia española muy buena, que me quería y siempre ha estado a mi lado, pero por el maltrato que sufrí y por el abandono de mi madre, me sentí abandonada y sola en esta vida, 15 años de duelo.

Lo que más me ayudó a luchar fue ver como mis padres no se rendían en ningún momento, me llevaron a muchos sitios para ver si me podían ayudar. Y a pesar de que me intentaban ayudar, yo no se lo ponía nada fácil con mi actitud.

Lo que yo os quiero transmitir, según mi experiencia, es que hay adopciones que pueden salir bien y otras que son más complicadas, pero *creo que lo más importante es la comunicación «padres-hijos»*. Sinceramente lo que a mí más me ha ayudado es *ser escuchada y dejar de ser solo juzgada*.

ELENA V.

duelos: En primer lugar, el de los padres, por el hijo biológico imaginado y deseado que nunca llegó (o que vivió y murió precozmente) y lo que ello implica para cada uno de los miembros de la pareja parental, en cuanto

a comprensión, interpretación o asunción, menoscabo en su propia autoestima personal o herida narcisística abierta, atenuada o curada. Y en segundo lugar, el duelo que se produce en el proceso adoptivo, y que

es el más importante, es el del adoptado, duelo por unos padres biológicos que –sin culpa alguna del hijo– le «tiraron a la basura» tras su nacimiento. Duelo este de magnitudes enormes, duelo por aquellos que, de modo natural, universal y primigenio, le debieron querer y cuidar al nacer, pero al que acabaron abandonando o rechazando. Herida narcisística tremenda, humillación que lesiona la base de la propia autoestima, cuando en la adolescencia se reviven evolutivamente todos estos procesos. A estos dos duelos, que siempre están, y en modos diversos según la edad del niño en el momento de la adopción –a mayor edad, mayor riesgo y mayor dificultad– deberá sumarse la historia biográfica que cada adoptado traerá en su mochila psíquica con multitud de experiencias y vivencias precoces, generalmente en orfanatos y en instituciones no del todo adecuadas, de penurias y negligencias, cuando no de maltrato y abuso; de escasez y carencia siempre.

- Esta escasez primaria en los estadios precoces de la vida del bebé humano, genera de forma generalizada una patología o un trastorno en el desarrollo de es-

tructuras psíquicas. Muchos de estos niños, que no son adoptados al nacer, presentarán, entre otras patologías, el Trastorno de la Vinculación. Este trastorno no solo se presenta en un porcentaje significativo de niños adoptivos también se deja vislumbrar en muchos hijos de «madre insuficiente» —por patología mental diversa, drogadicción, negligencia, abandono, maltrato, etc.— y como es natural acabará provocando lesiones complejas en muchos ámbitos de la personalidad y de las capacidades del niño, especialmente en el campo de la relación interpersonal.

Los niños adoptados que son además de una raza diferente a la de los padres adoptantes, tendrán además que hacer frente a un duelo añadido, de desvinculación racial o desubicación geográfica, que probablemente añadirá aún más complejidades en sus relaciones familiares.

Adoptar niños que han sido abandonados no es igual que tener hijos biológicos, aunque muchos lo digan y deseen, por muy variadas razones, negar evidencias.

Los niños, entendidos desde nuestra mirada siempre como «niños-regalo» y no «niños-problema», son la esperanza del futuro cercano y

Algunas reflexiones sobre la adopción de niños

CUADRO 2.—*Vivencias de un padre*

Tengo dos hijos adoptados nada más nacer que acaban de traspasar la barrera de los treinta. Nunca les hemos mentido respecto a la naturaleza de su filiación. Un día, siendo ellos muy pequeños, les llevaba al colegio en el coche, y uno de ellos me preguntó:

«—Papá, ¿se quiere igual a un hijo adoptado que a los que ha llevado su mamá, en la tripita?».

«—Imagino que sí” —contesté—. Yo creo que mamá no nota ninguna distinción, pero por lo que respecta a nosotros tres, vosotros y yo, como somos chicos, no llevamos a los bebés en la tripita, por lo que se nos hace difícil entender la posible diferencia si es que la hay. Es más, a mí me cuesta entender el vocablo adoptado referido a vosotros».

Creo que para mis hijos, no ha existido la más mínima duda, pero por lo que respecta a mí, me cuesta muchísimo recordar el origen de su filiación cuando es necesario pensar en su carga genética por ir al médico o situación similar, pero lo que no me cabe la menor duda es que me siento su padre en totalidad. Sus ilusiones, sus éxitos, sus fracasos, son los míos. Cada día sin olvidarme uno sólo, les dejo en manos de Dios y de la Virgen varias veces al día, y ruego por su fe, por su felicidad, por su honestidad, porque sean hombres de bien. Ahora uno ya se ha casado y el otro tiene su pareja, y ellas, por extensión del amor que ellos les profesan, han pasado a engrosar el saco de mis encomiendas.

Para terminar diré que, a nivel personal, han constituido y constituyen el mayor regalo de mi vida, y desde el punto de vista de mi fe, han sido fundamentales en la contemplación de tres aspectos. El amor gratuito e incondicional que nos tiene el Padre, la angustia que puede sentirse cuando un hijo «se nos pierde», (Lc, 2, 42-52) y el amor a María al pie de la cruz.

JOSÉ ANTONIO L.

de la continuidad renovadora para todas las sociedades. Poder tener hijos, niños biológicos o adoptivos es una necesidad social y una alegría y riqueza personal y social (Cuadro 2). Acoger, adoptar a niños desvalidos de nuestra propia sociedad española —más de 30.000 se encuentran en Protección, casi 5.000 de ellos en la Comunidad de Madrid— o de sociedades lejanas, aunque mucho más cercanas ya

en este mundo globalizado, es una dicha y una posibilidad de riqueza que exige fuerza, coraje y valentía y que generalmente requerirá de un adecuado acompañamiento terapéutico para padres e hijos.

Ser padres «suficientemente buenos» es tarea emocionante, compleja y larga. Ser padres adoptivos «suficientemente buenos» es también tarea emocionante y

enriquecedora, compleja, ardua y que requiere probablemente mayores y más importantes capacidades.

Prevenir y evitar que un niño previamente adoptado sea devuelto y rechazado por sus padres adoptivos, debería ser tema de reflexión prioritario de toda la sociedad, y no solo de los padres y los especialistas; la devolución de un niño adoptado constituye para los chicos que la sufren un accidente vital de muy profundas y trágicas

dimensiones en su estructura psíquica. Esta tarea, como expuse antes, debe comenzar por no negar las diferencias entre hijos biológicos y adoptivos ni las dificultades complejas que el proceso de adopción puede presentar.

Bibliografía

T. CASADO y M. E. HERRERO. *Las Lágrimas del cambio. Trastorno del vínculo: acompañamiento terapéutico y revinculación*. Ed. Triacastela. Madrid, 2013. ■